

Rosal, María (autora) y Carretero, Mónica (ilustradora) (2023). *Los felpudos nunca mienten*. Barcelona: Editorial Edebé, Colección Tucán Verde, 163 pp.



No cabe duda de que la literatura Juvenil atraviesa en la actualidad un gran momento. Merced al desarrollo de la Didáctica de la Literatura, las administraciones educativas (Ministerio y Comunidades Autónomas), así como importantes grupos editoriales y fundaciones, han ido tomando conciencia paulatinamente de su importancia en la formación de la personalidad, como fomentadora de la autoestima y la creatividad, así como transmisora de valores; tan es así que podríamos afirmar que en estos años estamos asistiendo a su consolidación como género, dada su enorme popularización y expansión. Y esta me parece una buena manera de poner en valor y en su contexto el libro objeto de esta reseña.

Los felpudos nunca mienten de María Rosal, publicado por Edebé en su colección Tucán Verde, con ilustraciones de Mónica Carretero, contiene fundamentalmente una interpretación adulta del universo de los adolescentes, incluida, por supuesto, la realidad en la que viven. A lo largo de sus catorce capítulos, nos vamos familiarizando con su inopinado y extravagante narrador, con sus variopintos personajes, con su argumento tan atractivo como detectivesco, aderezado todo ello con ese toque de humor -a veces irónico, a veces burlón- que ya le diera tan buenos resultados a la autora en su anterior obra, publicada también por el grupo Edebé (*El secreto de las patatas fritas*).

La creación de personajes ficticios es uno de los grandes retos en la labor de cualquier escritor o escritora. Que estos sean convincentes y, sobre todo, que generen empatía con los lectores es fundamental para que la historia tenga éxito. Esto es, si cabe, uno de los aspectos más importante a la hora de escribir literatura juvenil, pues es a través de los personajes ficticios como este público tan exigente conecta con la trama. Para ello, María Rosal se inspira en personajes reales con los que

chicos y chicas pueden empatizar y reconocerlos, y así describe a cada personaje en su totalidad, desde su aspecto físico hasta sus pensamientos, prestando especial atención precisamente a la descripción del físico del personaje, buscando que tenga rasgos característicos y escogiendo nombres llamativos (Bern, Moon, Vetusta...) para cada uno de ellos. En el caso de Bern, que es el narrador protagonista según confiesa él mismo, estamos ante un personaje dinámico, que marcará el rumbo de la historia, pues es el encargado de atrapar la atención de los lectores y guiarlos a lo largo de la trama.

La editorial Edebé, en su página web, se refiere a esta obra como «una historia sobre el ingenio y la corrupción urbanística»¹, pero yo diría que es mucho más que eso, y coincido en esas «¡CARCAJADAS ASEGURADAS!» que -justificadamente- augura al lector en la contraportada del libro. Tal como ya hiciera en *El secreto de las patatas fritas*, María Rosal vuelve a deleitarnos con su prosa ágil y sencilla, pero no por ello exenta de riqueza. Está narrado con espontaneidad y con una trama interesante y entretenida, no excesivamente complicada, con la que se puede identificar ese público lector de la adolescencia; el cual tiene la sensación de que está ante un retablo familiar en clave de humor y un misterio repleto de enredos.

Leyendo esta obra, puedo inferir que hay pasajes que han sido escritos prácticamente según los estaba imaginando su autora, según los estaba sintiendo, y eso es particularmente interesante, porque tiene algo como de escritura automática, como si no filtrara lo que está percibiendo, con lo cual nos llega en estado puro, a través de un ejercicio de originalidad e imaginación, en una palabra, de creatividad.

María Rosal es una escritora que sabe tratar con respeto a sus lectores, pues los ayuda a desarrollar la capacidad para enjuiciar las actitudes de los personajes frente a una situación de conflicto y-o enredo y a relacionar dichas actitudes con sus propias experiencias y valores, invitando al lector a tomar en consideración su mundo emocional, presentando situaciones más o menos dramáticas que pueden abordarse desde una perspectiva, tratadas con humor, manejando en la ironía un enfoque resiliente, es decir, sabiendo adaptarse en todo momento a la situación que está describiendo. Además, este tipo de literatura -juvenil- es el que forja las bases para adultos amantes de buenos libros y el que reporta mayores beneficios a esos lectores. A este respecto, es bueno recordar que la literatura es también una potente herramienta educativa. Y, por ende, también debemos tener en cuenta que el valor educativo

¹ Grupo Edebé. URL: <https://edebe.com/publicaciones-generales/libro-los-felpudos-nunca-mienten=5266=1=99>. Última consulta el 5-12-2023.

Reseña

de las narraciones está fuera de toda discusión, puesto que, desde el punto de vista de la didáctica de la narración, la narrativa juvenil debe contar experiencias que los jóvenes lectores puedan contextualizar, es decir, remitir a un contexto conocido, a un marco que les sea más o menos familiar.

Poner a disposición del público juvenil este tipo de narraciones, como *Los felpudos nunca mienten*, es una forma de abrir su mente a otros universos y realidades y de hacer crecer su mundo, en todos los sentidos. María Rosal mira a sus jóvenes lectores con esos mismos ojos juveniles, pero con experiencia de persona adulta. Esta literatura juvenil es tan de verdad como la que se escribe para las personas adultas, porque, en muchos casos, lo único que las diferencia -si se piensa bien- es la edad de los personajes.



Los capítulos no son excesivamente largos, con sus respectivas ilustraciones sobre el leitmotiv o eje central de cada uno, ilustraciones de Mónica Carretero que han acertado de pleno en la diana, es decir, interpretan a la perfección la progresión temática del libro, incidiendo en esos momentos álgidos de cada capítulo en los que crece la tensión narrativa. Aunque su público

destacado es el juvenil, este libro puede ser degustado por casi cualquier tipo de lector. Y es que las imágenes también se leen, en tanto que añaden coherencia a la obra en favor de expresar el concepto narrativo tal como su propio universo y código ha generado.

De ahí el poder evocador de estas ilustraciones, el de su carácter comunicador, preciosista y virtuoso; no olvidemos que lo visual es muy importante en este tipo de publicaciones, porque la generación para la que escribe nuestra autora, en el caso de este libro, se ha educado visualmente y, por tanto, también hay que llamar su atención desde el sentido de la vista. Así pues, estas ilustraciones expresan y redundan en el significado del texto, al tiempo que lo decoran, convirtiéndose así en una especie de aliado didáctico, pues ayudan a interpretarlo, complementarlo y clarificarlo.

Por lo que respecta al género literario, hemos de reconocer que en los últimos tiempos se ha hablado mucho de la literatura *Crossover* o transversal, una literatura escrita tanto para jóvenes como para adultos. Este fenómeno saltó al ámbito literario hace ya unos años y ha venido para quedarse.

A modo de ejemplo podemos citar la tetralogía de *Los juegos del hambre* de Suzanne Collins o *La ladrona de libros* de Markus Zusak. Así, la literatura juvenil, que no siempre ha sido debidamente valorada y reconocida, se ha visto revalorizada gracias a esta ruptura de fronteras de edad, porque ha acabado con los encasillamientos, siendo leída de forma transversal por público de todas las edades. En la actualidad, este tipo de narrativa pone a disposición de sus jóvenes lectores una variada oferta de subgéneros: la novela de aventuras, la de ciencia ficción, la de hadas, la gótica, la policíaca, el romance paranormal, la novela distópica, la fantástica...

En este sentido, tanto por su temática, como por su trama, *Los felpudos nunca mienten*, aunque lo pueda parecer, no es una novela policíaca al uso, ya que a los ingredientes básicos de esta corriente narrativa (mediante la observación, el análisis y la deducción se intenta resolver un enigma o misterio, para encontrar al culpable y el móvil que le indujo a actuar), añade grandes dosis de ironía y de humor, continuando así la línea ya iniciada en *El secreto de las patatas fritas*. Para muestra un botón: el detective literario más activo en esta obra, sin ánimo de destripar la historia, es el bullicioso narrador, quien no deja de recordarnos a Cipión y Berganza, los protagonistas de la novela ejemplar de Cervantes *El coloquio de los perros*. Digo más: me gustaría comentar brevemente el paralelismo que encuentro entre algunas novelas de Eduardo Mendoza (me refiero a la serie formada por *El misterio de la cripta embrujada*, *El laberinto de las aceitunas* y *La aventura del tocador de señoras*) por un lado, y los dos libros de María Rosal citados en esta reseña (*Los felpudos nunca mienten* y *El secreto de las patatas fritas*), por otro.

En ambos casos, el planteamiento de la historia es tan atractivamente disparatado—y disparatadamente atractivo— que permite superar las normas del realismo, e incluso de la verosimilitud, como, por ejemplo, que sea el propio detective quien cuente su aventura, a modo de narrador protagonista. En ambos casos, la imaginación literaria da la impresión de que no conoce límites: el narrador-detective se permite rebasar, dislocando la investigación policial, las fronteras del humor y del absurdo, en busca de la historia más libérrima, que roza lo esperpéntico, llegando a parecer, a veces, algo surrealista. En ambos casos, las situaciones son muy rocambolescas, con su dosis de ironía, con su humor algo cervantino, en lo que colaboran hasta los nombres de los propios personajes. Y, por fin, en ambos casos, se trata de literatura, de adultos y-o juvenil. Por supuesto, no se trata de sustituir la Literatura con mayúsculas por la literatura juvenil, sino de llegar a una convergencia a partir de puntos de equilibrio entre ambas.

Reseña

Resulta particularmente interesante este formato de parodia a modo de novela policíaca, con una trama interesante, con su lenguaje llano, aderezado con una gran riqueza de vocablos y mucho humor. En consecuencia, esta historia que nos cuenta María Rosal, a modo de novela para chicos y chicas, es capaz de crear y coadyuvar en la formación de personas adultas educadas en valores, con gran imaginación y amantes de los libros. También empatizaremos con ese narrador-detective y con su singular modo de desenvolverse, así como con la comicidad de la obra por los muchos «despropósitos», a modo de enredos, que se van encadenando a lo largo de la trama.

En fin, si quieren saber cómo se le hace la respiración boca a boca a un fantasma, o cómo se las ingenia para tomar la sopa y masticar el turrón en Nochevieja, o bien por qué un buen detective siempre debe llevar un salero en su mochila, o por qué un bocadillo de atún –o de mermelada de sardinas con mayonesa– es lo mejor para amordazar a un delincuente... si quieren saber todo eso y mucho más, lean *Los felpudos nunca mienten*.

Bartolomé Delgado Cerrillo

Universidad de Córdoba

z92deceb@uco.es